

Llegó el verano. Los bosques tiemblan de miedo.

El misterio los enturbió desde que Perrault y los hermanos Grimm los llenaron de peligros, como si la masa boscosa –allá donde el sigilo se escribe con sombras y marañas– tuviese que ser inhóspita y solo albergase alimañas. Esa leyenda los acompañó siempre, [Disney lo escenificó](#), y con el tiempo se hizo historia. Debió ser por eso que a lo largo de los siglos se cometieron toda serie de tropelías contra ellos: talas abusivas, incendios y cosas por el estilo. Los bosques han debido sentir el abandono en el que siguen en demasiados lugares, a pesar de que allá por 1873 se publicó [Wood'stown](#). Alphonse Daudet habla en este cuento fantástico de una ciudad hecha por los hombres con madera robada a un bosque cercano. Un comienzo de verano, en represalia, el bosque-ciudad reverdece y recupera el espacio perdido, llevándose por delante todas las edificaciones.

Los bosques españoles ganan terreno pero pierden calidad; no todo es de color verde esperanza. En realidad están desatendidos: poco más de una décima parte de ellos cuenta con planes de gestión. Incluso el 70 % de los bosques protegidos –muchos de los 27 encuadrados en la Red Natura 2000–, se encuentra en un estado de conservación inadecuado o, directamente, malo, con una salud muy mermada por la actividad humana y por la falta de cuidados a pesar de los enormes beneficios que generan. Llegó el verano y los bosques tiemblan de miedo. Más de un individuo ya tiene la mecha en la mano.